

JOSE FRANCISCO TORREALBA EN LA HISTORIA(**)

Adolfo Rodríguez (*)

José Francisco Torrealba, el sabio guariqueño conocido por sus investigaciones sobre el Mal de Chagas, hizo historia, escribió historia y tuvo sentido de la historia. En 1958, al defender a Fernández Morán, advierte: “Escribo para que me juzgue la Historia, ya desguazadas esas olas de pasiones, de intereses en lucha, de odios, de envidias y celos”, confiado en que “el coro de las carátulas” le daría la razón. Acertó. Convicto en la fuerza del destino, apunta en 1959 que “hasta el estado humoral de uno influye en nuestras decisiones, de modo que en el tal libre albedrío no hay tanta libertad como se piensa”. Sugiere el estudio de la mitología para mejor conocimiento del alma humana. Y su vida parece enmarcado en la estructura destinada a los héroes. Nora Bustamante (1996) ha escrito que gracias a Torrealba “el Guárico y todo el Llano han alcanzado una vez más proyección universal y lugar privilegiado en la Historia de Venezuela”.

Descendía de una familia Alvarez de La Victoria (su abuelo paterno es Nicolás Alvarez Guevara de Chaguaramas), sobrino de Concepción Alvarez de Del Corral, fundadora de la familia Del Corral de Venezuela y de Colombia. Uno de los Del Corral Alvarez muere en la Emigración a Oriente y otro casa con una Osío Pulido, hermana de un bisabuelo de Rómulo Gallegos. Era pariente consanguíneo de Don Pedro del Corral, investigador, antes de la política, de enfermedades tropicales. Al parecer era familiar lejano de Felipe Guevara Rojas, ex-Ministro de Educación y ex-rector, quien pudo renovar los estudios médicos en Venezuela, de no intervenir “el duro boa del ambiente”, como Torrealba dijo con respecto a Rangel. Y tuvo nexos, también, por doña Ana María González Sánchez, su madre, con Miguel Lorenzo Ron Pedrique, autor de estudios sobre saneamiento de los Llanos en los años veinte.

(*) Palabras pronunciadas en la Sesión de la Academia Nacional de la Historia el día Jueves 06/03/97.

(**) Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia en Guárico.

Viene de una Armas, llamada Soledad, quizá de los antepasados perdidos de José Antonio de Armas Chitty, entrañable amigo suyo desde los días del veintitrés en que recién graduado Torrealba retorna al pueblo natal, Santa María de Ipire, y el niño José Antonio deslumbraba supliendo al padre en la escuelita local, escribe versos y redacta un insufrible periódico manuscrito, en una atmósfera donde un cura llamado el Padre Perdomo, deambula con su saber renacentista, está iniciando sus escritos Próspero Infante, entre habitantes de origen corso e italiano. Mientras el joven médico lee *Las Vidas Paralelas* de Plutarco, *La Historia* de Polibio y a Cayo Lucrecio Caro, a quien considera “el primero en sentir una gran angustia por comprender y explicar la vida, el amor, la reproducción, la especie, la herencia, la vejez, la mortalidad, la inmortalidad, el peligro del deseo desmedido de poder, de gloria, de riquezas, etc., el mar, el universo, el vacío, el cielo”.

Un alumno suyo refiere que era capaz de revivir mil años de historia al ponerse a hablar de Virgilio, Lucrecio, San Agustín, Rousseau. Sus antecesores venían de La Victoria, de San Sebastián de los Reyes, de San Lorenzo de Chaguaramas, de Nuestra Señora de Altigracia de Orituco y de Santa María de Ipire. Disfrutaba divulgando su ascendencia “manumisa e india”.

Las andanzas del padre, don Tereso Torrealba, con el General David Gimón, de los hombres de los hermanos Hernández Ron de Zaraza, gente del Mocho Hernández del Guárico, como Sinforoso De Armas, Itriago Chacín, condujeron al niño hasta Zaraza, capital de la sapiencia en el oriente nacional y sorprende pronto por su talento y dedicación. Estudia medicina en Caracas y tanto Razetti como don Pepe Izquierdo dan cuenta de la singularidad de su paso por las aulas de la vieja institución de San Francisco.

Las guerras sin gloria de fin de siglo, donde la peor parte la llevan los llaneros, le hacen compartir la tesis muy en boga, anunciadoras del fin del Llano y su etnia, expresada en don Tereso y otros familiares uno de los cuales cruzaba a nado el Orinoco.

Aunque se identificará vehementemente con aquel paisaje y su gente, que nunca disocia de su conciencia, poética y vindicadora al mismo tiempo. Un pasado enorgullecedor, un escenario parcialmente edénico, parcialmente terrible, como lo percibe Gallegos. Y debe armarse de habilidades como la lectura, que ejercita desde los mismos días en que vende velas y cigarrillos caseros para contribuir con el presupuesto familiar. Anheloso de instrumentos con qué oponerse a la degradación, como Mahatma Gandhi cree que la violencia no engendra sino violencia, pues “las revoluciones populares”, al entender de Torrealba son “tan graves como los termocauterios”. Pero un gobierno que lo “sospechaanarquista” le hace ofrecimientos para que no alborote “a los llaneros”.

Lo influye el capital ideológico depositado desde el siglo anterior por el positivismo en la Universidad, pero es una implacable sonda, que no escatima fuentes en qué abreviar su sed de respuestas a un drama que experimenta en carne viva y al que se expone audazmente. De modo tal que comparte ideas tanto con Freud como con Marx, entre otros. Y en alguna ocasión cree que su subconsciente puede estar resentido contra los racistas, por “razones de parentesco étnico”, entre otras. Pero fundamentalmente Torrealba se confesaba aristotélico, aunque apoyándose en Parménides, pues juzgaba un “disparate monstruoso (...) que una cosa sea y no sea a la vez”, sobre todo en medicina.

Desde 1937, por lo menos, exhibe las ruinas de su tierra, en cuadros que le recuerdan a Ibsen, interrogándose: “¿Y eran gobernadas estas comarcas?, lanzando inculpaciones contra los mandatarios: “¿Qué ojos tenían esos gobernantes? ¿Qué sentimientos los inspiraban? ¿Qué demonios los aconsejaban?”.

Predica lo que debe hacerse en materia de profilaxia, viviendas, saneamiento ambiental, educación, virtudes, etc.

Y en conferencia de 1938 vislumbra sólo “espectros y tragedias”, donde los libertadores habían visto “un pueblo sano y robusto”, que marchó hasta “la obra magna”, como los “innominados de Tucídides”. “Más hoy...es el dolor, la tragedia y la muerte”.

Y en apuntes de 1941 que “El llanero de la época heroica ha desaparecido; nueva época, nuevos hombres. (...) En los desórdenes, alborotos y bochinchas, que llamamos guerras civiles apareció valiente como los llaneros de la Independencia y muchas veces feroz como un achanti (...) Este cielo, estas sabanas y estos palmares, llorarán por muchos años, las consecuencias de esos bochinchas”. Presumiendo que cierta debilidad y tristeza no es tal porque los del Distrito “por las noches secas o lluviosas, se distrae (n) cantando y bailando joropo”. Aunque en informes que lanza como botellas al mar, se condele que “Estos campos por tantos respectos hermosos y llenos de promesas de vida, están lejos de tener alegría, lejos de tener belleza, están lejos de fomentar riquezas y muy lejos, en una palabra de tener futuro, mientras sean devastados por la tétrica flagelosis de Chagas cruzi”.

“¿Qué futuro pueden tener estas aglomeraciones sin sangre, estas aglomeraciones sin fibras musculares, estas aglomeraciones sin corazón, en una palabra, estas gentes malogradas en sus vísceras más nobles?

“La muerte súbita es uno de los apanages del lugar; aquí se designa muerte de repente. Así se extinguen muchos, sin preferencia de edad ni sexo, en las guías o caminos, en majadas, conucos o labranzas durante pregrinas labores o en el le-

cho". Lo cual expone no "por prurito de imitar a Tucídides", si no porque "semejanza de circunstancias trae forzosamente semejanza de expresiones".

Luis Vitale (1983) sostiene que "durante la época republicana" se acentuó "el deterioro de los ecosistemas latinoamericanos al continuar la forma de explotación implantada por la colonización española". Lo cual pudo contribuir al desencadenamiento de tantas endemoepidemias y carencias, que no siempre hubo. Y una "menor resistencia de nuestro pueblo", como señala Torrealba: "incapacidad física" y "degeneración bastante aparentes", que facilitaron el paludismo, la necatoriasis, otras parasitosis intestinales, la sífilis, la tuberculosis, el mal de Chagas, la lepra", "la desnutrición y el alcoholismo". Cuatro caballos del Apocalipsis, que son más: "el primitivismo, la ignorancia, el hambre, la miseria, la desnutrición, el rancho horrible, el terrible mal de Chagas, la anquilostomiasis en 100%; el agua impotable" Problemas que aguardaban "las ideas y los millones para ser resueltos". Y de allí el boom de descubrimientos en el área de la ciencia médica, entres otros, con Carlos Chagas, quien en 1909 en Brasil; identifica el organismo responsable de la tripanosomiasis americana (*Tripanosoma cruzi*) y las chinches de la subfamilia Triatominae ("chupos") que los porta.

La doctora Bustamante (1996) refiere el "alto en el camino" que se vio obligado Torrealba hacer en "su ejercicio profesional para observar... "Algo muy serio que no podía ser Anquilostomiasis, que no podía ser Paludismo... (que) no cedía a la terapia mejor planeada..." deteniéndose ante "este material patológico". y fue entonces el encuentro con los transmisores. Descubre el *Tripanosoma cruzi* en sus intestinos. Pero para constatar su presencia en la sangre de enfermos crónicos tiene que servirse del xenodiagnóstico de Brumpt, nunca antes aplicado en seres humanos. Su informe a la Academia Nacional de Medicina, le reporta inmediatamente su admisión como Miembro Correspondiente y felicitaciones desde Buenos Aires por parte del Dr. Mazza Mazza, desde Bogotá el doctor Patiño Camargo, del Brasil el doctor E. Días y de México Luis Mazzoti. Y desde luego Brumpt, quien requiere trabajo de Torrealba para los Anales de Parasitología, logra le concedan el Premio Brault de la Academia de Paris y viene a Venezuela a conocerlo.

Según Marcel Roche, en el campo de la Medicina Tropical, tres nombres son imprescindibles: Torrealba, Juan Iturbe y Carlos Ottolina. Una sentencia de Goethe, colocada por Torrealba, en un trabajo suyo de 1937, parece acicatearlo: "Ce n'est pas assez de savoir, il faut appliquer: ce n'est pas assez de vouloir, il faut aussi executer".

No lo enorgullecía la historia nacional. Ante el Presidente Medina en 1942, dice que no puede leerse, "¿que digo?, no se puede hojear porque es un

cúmulo de atrocidades y de ignonimias, para dolor de América y vergüenza de nosotros”.

Y en 1945: “El país ha marchado como una cieguita por vereda y selvas, por ríos y por riscos. Sus mismos hijos desalmados lo han maltratado, lo han violado, lo han estuprado, han cometido el horrible incesto. Solamente en la carátula Shakesperiana pueden encontrarse cuadros semejantes como los ojos en el rey Lear, arrancados por amigos queridos, en la carátula griega Edipo y Yocasta, hecho involuntario”. Que ratifica en 1959: “En los cuatro siglos de vida de este pobre país ha imperado la farsa”. Y el mismo año: “Dios quiera que no, y para desgracia del país y de todos, cosecharemos nuestra siembra de injusticia y de torpeza de más de tres siglos”.

Y en breves semblanzas sobre Vargas, Cajigal, Marcano, Rangel y Felipe Guevara Rojas, dice de la “amargura y tristeza en la vida de algunos sabios venezolanos”, título de sus semblanzas en su libro “Voces para sordos”. Puntualizando luego que habiendo protegido un gobierno ampliamente por primera vez a un científico, como sucedió con Fernández Morán, lo sitúa inadecuadamente y es perseguido al caer el protector. Y con Lazo Martí repite lo de los turpiales conquistando “por la fuerza y la osadía / nidos para el invierno...” Y que en 1830 “partieron para Venezuela jinetes en corceles veloces, con la consigna de gritar al llegar: “¡Ha muerto el tirano!”. El drama de Berruecos. Y pensando en Rangel: “No creo que la torpeza e ingratitud frente al hombre persistan frente a sus cenizas, aunque en esta patria de nosotros, de aguas tan turbias, hay para eso y mucho más”.

No era partidario de las dictaduras “un mal crónico”, “advertencia severa”, “más de un siglo de ignonimias”, causales “de casi todos nuestros males”. Y lamenta que “La idea de patria entre nosotros no ha abundado sino en discursos insinceros y en la literatura de evasión o en la burla de la Semana de la Patria”. Una idea para sembrar, más no por “los arlequines del patriotismo”.

Historia nacional en la que queda inscrito como director del Asilo de Enajenados, que le granjea el título de “precursor de las reformas de la asistencia siquiátrica en Venezuela”. médico rural, investigador de enfermedades tropicales, presidente de una municipalidad, docente de un colegio federal, director de un rotativo local, fundador de un Centro de Investigaciones, médico de un penal, candidato a senador e interlocutor empecinado de cuanta conciencia se acercara a su presencia casi mítica instalada con pipa, interrogación ática, lección terapéutica, generosa e inabarcable, desde el irreductible chinchorro donde es retratado de cuerpo entero. Constituyó durante casi cincuenta años, primero en Zaraza y luego en San Juan de los Morros, una obligada referencia de un saber que trascendió su hemiferio y su época, como

concluyó el simposio organizado en diciembre de 1996 por la Sociedad Venezolana de Historia de la Medicina, recordando, además, que había sido “pionero con éxito en sus investigaciones y un paradigma de Venezuela como médico, científico, educador sanitarista, como escritor y como padre”. Hasta la historia de la paleontología recuerda la conciencia multidimensional que lo asistía, cuando auxilia a Simpson en la localización de un carapacho antediluviano que está en el Museo de Ciencias Naturales. Y otros que fueron a verlo o simplemente le escribieron, desde infinidad de sitios del mundo, hasta el reducto desde donde prefería vigilar el crecimiento de su preciada familia. Otras veces acude hasta la historia viva como saber del paso de Lisandro Alvarado tomando notas en Zaraza o el día en que murió éste en Caracas. La “edad del cine”, de la que tiene que sustraerse y sustraer los hijos, como se sustrajo de toros y gallos porque el tiempo para investigar no lo permitía.

Los “únicos méritos” de “su labor: la constancia, la perseverancia y la paciencia”, reforzados por la fuerza de la verdad, legitimada con textos como el de Marco Aurelio, uno de cuyos Pensamientos, traducidos por J. Delgado (Libro III-XV), preside su denuncia de los años treinta contra maquinarias de gas pobre instaladas en Zaraza para el alumbrado público y doméstico: “La opinión es el todo: las pláticas de Mónimo el cínico lo demuestran ampliamente: es indudable que sólo se puede sacar frutos de lo verdadero”. Así que da cuenta de enfermos por contaminación, concluyendo que las intoxicaciones producidas por esas y otras causas parecidas (automovilismo, tabaquismo y alcoholismo) no son irrelevantes como se cree. Haciendo, además, señalamientos contra pirogenaciones y quemas, gasógeno de leña, G. de Gasoil y G. de gasolina, industrias de algodón, aguas con heces y sentenciando “que la sociedad debe atender primero a Hygia; y ya que necesita de Manmón, situarlo donde no moleste ni mate”.

Imperativos de veracidad que subraya con la fuerza de su estilo, una conjunción de talento y sinceridad: “entre nosotros abunda esa tendencia de ocultar la enseñanza, de esconder la lección y hacer que se haga imperceptible la verdad”. Añadiendo que en Venezuela, amén del hambre de pan, existe la de sinceridad: “La carátula ha hecho un gran daño a nuestro pueblo. Ha sido un veneno”. Redundando luego que “La verdad es triste, la verdad es dolorosa y la verdad es amarga, pero es necesario decir la verdad, porque la mendacidad y el silencio encubridor nos han causado graves daños y han sembrado la confusión” y hasta en sus informes clínicos, apela a la historia:

- Los errores de nuestro pasado: “cosas... dispuestas por gobernantes con cerebros enfermos como Saúl, Sardanápalo, Nerón, Calígula, Claudio, Tiberio y tantos otros”.

- El Presidente López Contreras debe encontrar “el verdadero camino” como “Saulo hacia Damasco” y oír “la verdadera voz de la cultura y de progreso que implora nuestra patria”, con hechos concretos y no “mon-tones de papel como la República del célebre filósofo de Atenas, o como utopía, de Tomás Moro”.
- Que la radio no promueva el alcoholismo porque “En Roma, las masas viciosas y corrompidas hacían y deshacían tiranos: besaban a Nerón y lo ayudaron a abrir el vientre de Agripina, su madre; no comprendieron a Marco Aurelio, arrastraron la cabeza canosa de Gelba y asesinaron cortándole la cabeza y destrozándole la lengua a Cicerón, el más sabio de los romanos”.
- Las imprevisiones en materia sanitaria, equivalen a “intentar llenar el tonel de las matadoras de maridos, las hijas de Dánao”.
- “Delenda es Cartago, decía un gran romano, Catón, el Censor, yo, un humilde venezolano, he advertido cada día que debemos exterminar los chupones”.
- Celebraciones como el Día de la Salud, no se justifican cuando predominan o las enfermedades, escribe en 1946. Porque de otra manera “Hagamos el papel del coro en la carátula antigua y ríamos y cantemos, y hagamos farándula y detrás, los que sufren, padecen y lloran; los enfermos; y detrás, los cadáveres.
- “ Y las sombras de Esquilo, Sófocles, Aristofanes y Eurípides, nos contemplarán, y riendo nos aplaudirán”.
- Y en 1949 que con soldados enfermos puede ocurrirnos “como a Pompeyo en Farsalia”.
- En 1958, que en la lucha contra el cáncer uterino, no conviene ni la batalla campal ni eludir la refriega como el Cónsul Quinto Fabio Máximo ante el cartaginés Anibal.
- Que es “entregar a Mesalina la túnica y el velo de las vestales” el honor innmerecido.
- Y ante el ostracismo contra Fernández Morán: “¡Que cuadros habrían trazado Suetonio y Tácito! ¡Cómo se habría hundido en ese mar de inquina la sonda de Séneca, el filósofo! ¡Cómo habrían sido de ruidosas las caarcajadas de Plauto en su patio sin techo!”.
- Que la elección presidencial de 1958 no recaiga “en una falsa Casandra, ya que la... auténtica, a pesar de su videncia no previó el lazo tendido a ella y a Agamenón por Clitemnestra y Egisto, según rezan las carátulas”.

- Ante la fastuosidad que “las edificaciones sagradas, enormes y descomunales ... arruinaron a Ur, las ciudades de los Caldeos, en Sumeria; fue causal de miseria en Egipto”.
- ¿En qué país vivimos? ¿Entre qué gente estamos? Gritaría el célebre autor de las *Catilinarías*”.

Convencido del peso de la historia, valora olvidos, como los derivados de la sobresaturación informativa: “la naturaleza se defiende de los que intentan estropearla y vejlarla”, exclama con alegría al saber que el bachillerato no cumple sus funciones. Aunque Torrealba lamenta que monumentos del horror, como el de la Rotunda, no se preserven como en Europa, para alertar cierta desmemoria.

Su implacable honestidad le inspira un riguroso respeto para con toda autoría ajena, indicando escrupulosamente todo antecedente de cuanto hace o escribe, incluso si el autor es gente humilde, hasta ágrafos, como los que le hicieron percatarse de la presencia del *Rhodnius prolixus*, bajo las denominaciones lugareñas. Mencionaba a cuantos lo auxiliaban, dentro o fuera del laboratorio y pide disculpas si no tiene a mano algún antecedente. Y recomienda “hurgar los vados” en tal sentido: “beber en la fuente, meterse en la fuente, hundirse, purificarse como en el Iliso”. Fustigando a quien no lo hiciese.

Hasta su muerte en 1973, Torrealba, que no cesa en sus investigaciones científicas, tampoco detiene sus invectivas hacia hechos dolorosamente subsistentes, como se desprende de la lectura de su obra, casi toda aún fresca.

Lo conocimos en los años cincuenta, recién editado el único libro propiamente de historia que escribe, prologado por el prolífico Víctor Manuel Ovalles: *Pequeños apuntes sobre algunas familias del oriente del Guárico y en especial de Zaraza*, con el que inicia las investigaciones genealógicas en su estado. Edita casi todas sus recopilaciones médicas y otros escritos bajo el título de “fascículos” y recibe infinidad de homenajes, que acepta gustosamente, pero con discursos plenos de reticencias filosóficas y alguna vez denostando de los honores en vida. Presentimos que nos aleccionaba para las buenas causas y la muchacha de entonces con el Chino Valera Mora, Argenis Rodríguez, Carlos Ron Rodríguez, Armando Díaz Lovera, Tulio Colmenares, Angel Eduardo Acevedo y otros no menos significativos de la generación del 58, pasamos de los libros a las huelgas, incluso la que dio lugar al Día del Estudiante e influimos para su atrabiliaria y descabellada candidatura a senador, que logró, por supuesto, una irrisoria proporción de votos.

Y es la edición de “Voces para sordos” con sus denuestos contra los juegos de azar, desangradores, el alcoholismo y la incontenible propensión hacia la deshonestidad y la corrupción en casi todas las áreas de la vida nacional,

por lo cual “a las cosas compradas no se les puede discutir precio, ni vigilar calidad” y el puente puede hundirse, la represa filtrarse, derrumbarse el bloque y la carretera desbaratarse. Temiendo que tal situación persista “por los siglos de los siglos”, sin decir “amén”, sino “Dios Mío”, esperanzado. Constatar que egresados de la universidad participan del horrible festín, por lo cual, según pareceres, su hijo Witremundo es sacrificado y una asociación profesoral lo consagra como “mártir de la miseria universitaria”.

Días en que a pesar de sus lecturas de El Eclesiastés, que le recuerdan a La Bruyere e insiste en estudios que contribuyan a detener las crecientes carencias y los nuevos excesos. De Armas Chitty creyó ver entonces en su rostro “una noble bandera azotada por la intemperie”: “había pensado poner mi peinilla nuevamente en su vaina y guardar silencio y dejar que hablen de política los que se creen políticos y que hablen de economía los que se creen economistas. Pero al ver tanta opinión disparatada, tanto asesoramiento errado, tanto falso maestro, tanto profeta miope, tanto homúnculo megalómano, me sentí como invitado a concurrir a la parranda, a entrar en la farándula, a unirme a la fanfarria y a la matraca....”

No soportaba el silencio, pues “es una injusticia social odiada de Dios, permanecer de brazos cruzados, en actitud hierática, cuando millón y medio de venezolanos viven envueltos en una gran tragedia por falta, entre otras cosas, de una vivienda rural higiénica”. Clamores que manifestaba “haber gritado (...) por la prensa médica y por el periódico, pero el ambiente no ha sido propicio. La semilla, como en la parábola del sembrador, no nació, o si nació, no pudo crecer por lo malo del terreno; o si creció, la maltrataron los cascotes de las bestias que transitan”. Pero se siente majadero, al modo de Don Quijote, quien “con su mente vesánica pero hiperlúcida”, el “hierro oxidado y su vaina remendada y rota” “supo y vio claro contra quién iba aquél hierro: contra follones, contra malandrines, contra ladrones, contra toda clase de malhechores, etc... La vía...diáfana. Nada de cosas imperceptibles o camufladas”.

- Entre los males recurrentes: la contaminación y el menosprecio hacia lo natural: en 1937 sugiere la necesidad de preservar áreas boscosas; el alcoholismo, “el vicio del peculado”, que persiste, después de Pérez Jiménez, “en miles y con raíces gruesas y firmes como las del samán o las del matapalo y por todas partes deben estar ágiles y reptantes como un semillero de sanguijuelas o de víboras”; desde 1848 los Congresos no sirven; poco “hemos hecho por el indio en Venezuela”, hay manos “mendicantes” “para recibir las regalías petroleras”, que hace de “la lepra... llaga”, como con la infancia abandonada: El Ministro Mayobre es “sabio”, pero los empréstitos pueden traernos “en el futuro grandes males”. Condena igualmente la mediocridad y los odios “de apartar para tomar el puesto”. Y porque cree en presuntas fallas

étnicas (Ah! el positivismo) degeneraciones, clama por “una transfusión de sangre europea”, no obstante reconocer que la crisis es de “la especie”: inmigración selectiva, no “de estricta vocación comercial” porque “el comerciante especula al productor y al consumidor. Es un piojo, una chinche, un chupón y puede ser un cáncer social”. Y sueña con que vendrán “nuevas aptitudes (...) como para ciertas ciencias y para el arte, así como una mejor visión del mundo y de la vida y un mejor concepto de patria”. Aunque conoce los riesgos y denunciará luego “enseñantes extranjeros”, sin otros títulos que “las alforjas vacías”. Puntualizando que el “aporte urgente de 10 o 12 “profesores europeos” ha de ser de la talla de Pi Suñer y de...Martín Mayer”. Y en la erección de universidades en cada pueblo.

Y puesto que las mejoras han sido “en cantidad, pero no en calidad”, arremeta también contra cierta modernidad, como la venta del subsuelo por miserables óbolos, no sólo error, sino gran injusticia, “ese empeño de algunos en extraer rápidamente el petróleo”, como si sólo fuese un derecho de “los venezolanos de hoy” sin pensar “en las generaciones de mañana”. Administrarlo, no a través de trust extranjeros, como pretenden algunos “entendidos”, que no se detienen en la probabilidad de importar hasta la gasolina, “quién sabe si en medio de una gran miseria” Y “mejorar la agricultura y la cría que son las verdaderas riquezas del país, con las que subsistimos antes del petróleo y las que nos mantendrán después de terminado el petróleo”. Convicto de la importancia del campesinado y sobre todo, de la reforma agraria, duda incluso del urbanismo y su espejismo, por lo cual su angustia ante la necesidad de controles sanitarios, sincera y sentida, al margen de las políticas y las prácticas, nativas o extranjeras, interesadas sólo en mejorar para explotar mejor.

- La irrefrenable vocación pedagógica, asumida desde que estimulaba a los condiscípulos, en el colegio federal bandeándose el sueldito, recordado, entre otros, por José Antonio Ron Troconis, Pedro Díaz Seijas y Darío Laguna. Se retiró tempranamente de las aulas, pero como nadie, diagnosticó el drama de nuestra práctica educacional, pervertida por la burocracia, el sin sentido, el irrespeto a las capacidades y, por ende, las verdaderas necesidades del país. Reclama la reforma universitaria “porque por estos malos caminos ni formamos prácticos ni creamos sabios y lo que hacemos es amargar la mente de la juventud que bien podría servir para la vida sencilla y feliz y mancar los brazos que podrían actuar en la fábrica o en el agro”.

- La problemática de la orfandad y la paternidad irresponsable, que convierte a Venezuela en “el país por excelencia del niño abandonado”. Drama por el cual inculpa también la tradicional incapacidad de los gobernantes.

- La creciente fastuosidad, exacerbada bajo la dictadura, aliada, a su vez del furor destructivo-constructivo, en “desacuerdo con la capacidad del Es-

tado”. Perversidad, locura o paranoia, delirio, que no juzga obra, pues ésta es la “que va a producir, lo que crea para el mañana, dinero invertido que va a dar rentas, que va a dar riquezas” Por todo lo cual no cree en la existencia en Venezuela de un verdadero “obrerismo”.

- A la crisis de hombres denunciada por López, suma la crisis de ideas, pensamientos y sentimientos.

- Y hasta hombres “celebres” como Arturo Uslar Pietri, cuyo talento y cultura reconoce, los reconviene, porque, no obstante las carestías irresueltas, propuso eliminar la gratuidad de la enseñanza: “no ha conocido la pobreza o es que nos habla desde épocas remotas como desde la historia del Antiguo Egipto, del Reino Antiguo, del Período Intermedio o del Gran Imperio. Desde los Tutmosis, desde los Amenhotep, desde la vieja reina de Hat-Schep-Sut, desde los Ramsés o desde la Revolución de Amarna, o quizás, desde los Pepi o desde los Seti” Agregando que en tal “insistencia del distinguido letrado...hay un hálito de musíú...un como huir de lo hispanoamericano; un ensueño de fenicio; una angustia de Cartago, de la Grecia decadente o de “Las desencantadas de Lotí”. Y usando una frase del mismo A.U., “como si el letrado no entablara diálogo con su pueblo”.

- Aboga por una descentralización en cuanto a hechos educativos y hospitalarios y científicos, un regionalismo no agresivo, según Rafael Clemente Arráiz. Un sentimiento de identidad, para que el venezolano “se sienta en su país, que se sienta en su patria, que se sienta entre sus hermanos”, para que no emigre del campo y no perezcamos.

Escribe alguna vez a don Ricardo Archila comentándole la poca originalidad en nuestra historia de la medicina, aunque optimista de que “de ese siglo y medio de labor y de ese afán y de ese batallar...brotará la gema nueva y brillante de lo original en un futuro no lejano”. Una carencia que observaba también en la Universidad, donde “acción creadora...la inquietud...el producto la Escuela, (son) solamente... esfuerzos aislados, pero nunca la línea, la continuidad de la labor comenzada”.

Hubo originalidad en Torrealba, su modo de ser intransferible, irrenunciablemente propio y vigilante de sí mismo y de los demás, más para servir que para condenar. El médico por antonomasia, como lo califica un biógrafo, sin escatimar esfuerzos con qué subvenir a los requerimientos con qué hacer patria. Su concepción sobre una genuina medicina integralista, extensiva a cualquier profesión para una cultura nacional, cuyo insumo principal debe ser el alto sentido ético con que asumió todos y cada uno de sus actos. El “amor y el deber”, proclamados por Lazo Martí, cuyo beneficiario es el pequeño espacio al que nos debemos y en cuya palma nos alzamos como Unamuno en su Castilla..